

para devolver a  
Fernando Castillo

CLASE MAGISTRAL DE FERNANDO CASTILLO VELASCO

PREMIO NACIONAL DE ARQUITECTURA 1983.

---

LAS RAICES. Desde muy niño, casi desde siempre, pensé ser un Arquitecto. Nada por mis condiciones artísticas o intelectuales se me ofrecía como muy propicio para tal aventura. Sin embargo, mantengo muy vivo los recuerdos de cómo en la vieja quinta de mis padres, me dedicaba a hacer arquitectura con mis propias manos y con las manos de mis amigos. A veces era, la construcción de un refugio casi suspendido en el aire, apenas soportado por las gruesas ramas de los grandes nogales.

Otras veces, eran obras construídas bajo el nivel del suelo, dentro de excavaciones que hacíamos con tremendo esfuerzo y cuyas cubiertas tapábamos con tierra y plantas para disimularlas y servirnos así como escóndite donde fumar, sin ser sorprendidos.

Mi padre fue un Abogado, también mis hermanos mayores. Mi padre con ser Abogado era más un poeta, que nutría su poesía con el intenso amor a su familia.

Mi madre mientras, más activa y práctica, velaba por él, por nosotros y por todos los afligidos por la enfermedad, que llegaban hasta la Cruz Roja que ella dirigía.

Mi padre entendió muy pronto mis vocaciones y las alentó, cursando Primer Año de Arquitectura, me dijo:

"Para ser un buen Arquitecto es necesario hacer Arquitectura, y hacer Arquitectura nos es otra cosa que construir". Y me

agregó: "Y juntos haremos una casa en la quinta en la que tú aportarás tu inspiración de Arquitecto y yo la experiencia de mi larga vida." Y esa casa fue construida.

LAS INFLUENCIAS. Mientras fui estudiante no me sentí confortable en las aulas universitarias. Pareciera que fui un rebelde hacia lo que se me quería enseñar, aunque conservo los mejores recuerdos de todos los que fueron mis maestros en el taller.

Aquí está Mario Valdivieso, que trató de comprenderme en mis inquietudes y que perdonó mis limitaciones, alentándome a continuar. Está Alfredo Johnson, que le impuso más seriedad a mi trabajo y me enseñó en largas horas de dibujo sobre el tablero, cómo resolver los problemas funcionales.

Aquí está mi inolvidable amigo Ismael Echeverría, con quien debatíamos acaloradamente, sin ponernos de acuerdo, pero acrecentando día a día nuestra larga amistad.

Está Jorge Aguirre, que nos abrió a una nueva dimensión para ver la arquitectura, la que empezamos a mirar con ojos sorprendidos y atónitos. Ante las maravillosas posibilidades de un mundo moderno que se nos venía encima.

Por último, está la larga presencia de Sergio Larraín García Moreno, el maestro incisivo y penetrante, pero que con amor toma de la mano a su discípulo, para mostrarle el camino en lo artístico, lo técnico, lo humano, lo permanente, lo valedero.

LAS LIMITACIONES. Nunca tuve la destreza en mis manos para transcribir las borrosas visiones de mi imaginación. Tal vez de allí vino mi necesidad de hacer arquitectura en compañía de otros. Me gustaba y me gusta, a través del debate, generar ideas y transmutarlas a imágenes nítidas como si fuesen una obra ya construída.

El proceso de transcripción al papel me ha sido siempre difícil, al no poder llevar las imágenes al lenguaje del dibujo, que las exprese con claridad. Por esa razón y por muchas otras, es tan importante lo que debo en mi carrera profesional a la sociedad que organizamos, aún antes de tener nuestros títulos profesionales, primero con Carlos García Huidobro, a quien le siguió Héctor Valdés y años más tarde, Carlos Bresciani. Ese largo y paradisíaco período de nuestras vidas tuvo como todas las cosas humanas su propio término, nos fuimos disgregando para cumplir otros mandatos, que se justificaban, en última instancia en todo lo que juntos habíamos pensado, hecho y avanzado. A mis socios de entonces, debo mis mejores años de diálogo en la arquitectura, de perfeccionamiento en la carrera, de compartir una vida y una amistad sin sombras. Todo lo que juntos hicimos, vino a resultar como el cimiento profundo de lo que más tarde habría de venir.

LA JUVENTUD Y LA ENSEÑANZA. Por muchos años fui profesor en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica de Chile. Las horas de aprendizaje ahí vividas, fueron las más fecundas para situarme en la perspectiva de los problemas de la sociedad y por sobre todo, para entender el valor incalculable que posee la juventud chilena, para mirar

sin temor y sin limitaciones el futuro, y para rebelarse con audacia ante el presente que la agobia y crear cada día nuevas formas de mirar y entender el futuro.

No podría distinguir en un solo estudiante, a todos los que fueron mis alumnos. Todos ellos conforman un vasto conjunto humano que se me aparece como el rostro de un solo hijo, que entrelaza su vida a la mía en el mutuo aprendizaje y en el trabajo compartido, gestándose así una amistad tan profunda y perdurable, que diría es como la vida y tal vez más allá. Esta visión de mis relaciones con la juventud<sup>estudiantil</sup> de esa época, se amplió a todos aquellos que en una u otra disciplina, fueron los miles de estudiantes que vivieron intensamente la Universidad, en el tiempo de la Reforma, que como Rector tuve la alegría de dirigir.

INGLATERRA. En la misma perspectiva, debo incluir a aquellos estudiantes que en la vieja Inglaterra se entregaron con entusiasmo a las enseñanzas que surgían de mis experiencias, tratando de absorber y comprender de mi, aquellas diferencias culturales, que sirvieron para complementarnos y para generar una fluida contribución al diálogo y a la amistad.

Inglaterra fue para mí muy importante. En Cambridge, donde viví algunos años, procuré asimilar y hacer míos muchos valores propios de esa vieja tierra europea y de sus habitantes, que son un orgullo para la humanidad. Aprendí con ellos a respetar y comprender mejor a los demás, tratando de percibir las distintas opiniones y puntos de vista, mejoré mi trabajo al tratar de hacer las cosas partiendo de algo simple que crece y se multiplica con el esfuerzo cons-

tante. Aprendí a palpar mejor y a sentir más vivos los materiales y las posibilidades de disponerlos, con que el hombre de Inglaterra hace sus obras, talvez aprendí a visualizar mejor la belleza y a percibir mejor la historia, la tradición y los valores del pasado.

EL PREMIO QUE HE RECIBIDO. Perdonen si hasta aquí mis palabras no son más que una intrascendente cuenta de mi vida.

No se trata sin embargo de eso. Lo que quiero es vaciar cuanto puedo dar a Uds. como una justa e inevitable respuesta al honor que se me ha conferido. El Premio Nacional de Arquitectura lo otorga cada dos años el Colegio de Arquitectos de Chile. ¡Quién pudiera olvidar la presencia ya histórica de nuestra institución! ¡Quién pudiera olvidar el valor profesional y ético de aquellos hombres que la fundaron para dignificar, ennoblecer y hacer más trascendente nuestra profesión, al servicio del pueblo chileno, tratando de entregar mejor arquitectura y hombres cada vez más idóneos para ejercerla!

¡Quién pudiera negar que hoy el Colegio de Arquitectos de Chile es un lugar muy especial, donde con libertad e independencia nos reunimos para tomar nuestras propias decisiones!

Es por eso, que este Premio Nacional, adquiere para quien lo recibe una dimensión tan grande, que lo hace sentirse en condición muy precaria para hacerse acreedor a esa distinción. Con mis palabras de esta tarde busco, pues, entregarme en lo que soy, como ser humano y Arquitecto, para escarbar en el pasado y mirar hacia el futuro, para encontrar aquí y allá la razón justificadora del honor que he recibido.

LA SOCIEDAD QUE VIVIMOS. Como en alguna ocasión dijo nuestro Presidente Victor Gubbins, pienso que en las diversas actividades que me ha tocado cumplir, jamás he abandonado las formas de proceder y las maneras de enfrentar los problemas con que actuamos los arquitectos.

Es desde esa perspectiva, con la honestidad con que nosotros mostramos nuestros planos, que quisiera exponer aquí, mi visión tal vez limitada, de lo que me parece importante pensar para el mañana.

Ante todo, con lealtad y con la más profunda convicción, debo decir que para Chile no hay un mañana sin un previo cambio fundamental en los postulados del presente.

Durante los diez últimos años se nos ha querido imponer con tal fuerza e intransigencia, una forma de vida y una limitación a nuestra libertad para pensar y promover nuestros ideales, que hemos vivido incapacitados para construir un futuro, de justicia y dignidad, que es en última instancia, el mandato que Dios hace a los pueblos de esta Tierra.

Por eso mis reflexiones de hoy serán útiles mañana, cuando desatadas las amarras, podamos recuperar la capacidad para vivir nuestros sueños tantas veces soñados.

Mi convicción es que la sociedad chilena posee los recursos de inteligencia, imaginación y buen sentido, para continuar el avance político y social, fundado en las raíces culturales que surgen de nuestro pasado y hacen al pueblo dueño de su historia.

En esta etapa que vive la humanidad, los pueblos de América Latina requieren ser muy fuertes en voluntad y anhelos para no dejarse arrastrar por las utopías de las llamadas naciones desarrolladas. Estas avizoran como salida al caos de la sobresaturación, de la polución, de la insatisfacción que produce el dinero, en fin de todos los males de la sociedad actual, el desarrollo de nuevas tecnologías y hablan entonces de un mundo que, en el límite, se reducirá a procesos cada vez más complejos de automatización, gestión e información.

Así, imaginan, podrán manipular el mundo de mañana, donde nuestra América continuará entregando su savia y su sudor, como contribución al derecho de vivir la esclavitud.

Sin embargo, nosotros somos un país solitario, enclavado entre las altas cordilleras y el mar infinito, que cree en su propio destino unido en su grandeza a nuestros hermanos de América.

Aunque somos sólo una estrecha faja de tierra, casi un borde, somos más que nada una acumulación de esperanzas. Es cierto que la vida nos ha obligado en el último tiempo, a mantener la atención constantemente orientada hacia el acontecer de cada día. Vivimos un tiempo duro, trizado por antagonismos, repleto de conflictos y divisiones. Vivimos los sucesos del día que se multiplican bajo la presión de fuerzas enconadas y en esas condiciones se imponen con violencia las necesidades del presente y se termina por vivir sometido a un claro y manifiesto temor para mirar el mañana.

LA SOCIEDAD QUE NECESITAMOS. Pero por debajo de estas apariencias, y en el fondo de este acontecer cotidiano, existe un hecho incontrarrestable que se expresa en la conciencia del cambio en todos los planos de nuestra existencia.

Esa conciencia se hace cada día más lúcida, más capaz de buscar nuevas formas de vida y expectativas para un mundo mejor. Muchos chilenos organizados en centros de reflexión en torno a las ciencias sociales, están preocupados ya por casi dos décadas de imaginar ese mundo, anticipándonos a pensar cómo avanzar en él, en paz y solidariamente. Cómo asumir una posición que sea consecuente con las expectativas más hondas del pueblo, que nos permita participar en la configuración de una sociedad válida, que llene de sentido nuestro trabajo.

Así debemos enfrentar y valorar las posibilidades del futuro, sin dejarnos arrastrar ni repetir las experiencias de desarrollo de los países de otros hemisferios.

No pueden ser nuestros únicos anhelos la generación de monstruosas ciudades, cementerios o desiertos de hormigón armado o acero. No podemos aceptar el trabajo como una dura imposición, que destruye las hermosas vocaciones que todo ser humano lleva consigo.

Es la arquitectura como obra del pueblo, parte importante en el camino de la redención humana. Cae sobre los arquitectos, una parte en la responsabilidad de la construcción de una sociedad, donde primen los valores de la calidad de la vida, sobre la cantidad de objetos y cosas que nos obligan a poseer.



No es esto puramente un sueño, sino que se apoya en la necesidad de pensar que en un pueblo, movido por su vocación de trabajo puede crear la riqueza necesaria, la que siendo justamente compartida, será suficiente para conquistar una vida digna para todos.

Hasta hoy, nosotros miramos pasivamente nuestra propia destrucción, continuamos concentrando todo el quehacer humano al interior de los grandes centros poblados, los que al crecer incontroladamente generan el caos propio de las grandes metrópolis.

Si en vez de ello, pensáramos en un esfuerzo colectivo y asumiéramos la responsabilidad de formar y desarrollar nuestros propios ámbitos de vida junto a las cosas que amamos y pegados a nuestro paisaje, al clima y a la más propicia actividad que nace del lugar.

Si los pueblos fueran surgiendo y creciendo de la propia tierra como dones preciados, puestos sobre ella como objetos de los que nunca se supiera si habían sido dispuestos por la mano de Dios o del Hombre.

Si así acurriera, entonces lograríamos cambiar la escala de la vida, cambiar la escala de las obras, humanizar las relaciones sociales, humanizar las construcciones, hacer del trabajo fuente de la vida, junto con ser el motivo de alegría que surge al vivir una vocación. Pensando arquitectónicamente, si los pueblos se generan en torno a un lugar de trabajo, a una condición del lugar y se desa-

rrollaran y crecieran cotidiana y armónicamente por el esfuerzo de la comunidad, las obras del pasado y las del presente serían una sola gran obra, aunque hubiesen transcurrido muchos años entre las primeras y las otras.

Bien mirada, Europa es eso. Solamente en la vieja y culta Francia, nación a la que tanto debemos por sus influencias en el plano de las ideas y en la organización de la sociedad chilena, aparte de tres o cuatro ciudades de más de cuatro millones de habitantes, el resto de la población vive en 36.000 comunas. Hay pues un promedio de 1.500 habitantes por cada una de ellas, las que viven con suficiente autonomía como para decidir sus proyectos de vida en lo político, económico y social. Francia, tratando de no caer en el vértigo de los grandes pueblos dominantes, está pensando seriamente en un mañana en el cual el territorio nacional sea dividido en 500 países, unidos por su lengua, cultura y tradiciones, pero con independencia tal, que cada lugar pueda determinar su presente y su futuro. No es pues el concepto de un país federado con un estado poderoso, sino la suma de miles y miles de ricas ideas que se gestan en el debate y la convivencia local.

El concepto del patrimonio cultural y arquitectónico, que ha sido debatido y, pensado tan hondamente en esta Bienal, sería un hecho natural en la conciencia del pueblo y un proceso armónico en el desarrollo de la cultura. Las obras surgidas de una propia tecnología y una propia tradición, no tendrían que ser defendidas de la picota y la pala mecánica, porque cada miembro las amaría como a su propia obra, y es-

tas tendrían siempre vigencia y serían parte integrante en las distintas etapas de la evolución. El patrimonio estaría constituido por todos los bienes de la comunidad que los estaría usando, readecuando, reparando y complementando con nuevas obras, cada vez que el desarrollo lo hiciera necesario.

Para llegar a concebir una sociedad organizada sobre la base de comunidades distribuidas a lo largo de todo el territorio nacional, necesitamos repensar otra vez, qué queremos para Chile. Cómo habremos de frenar el crecimiento de las ciudades, para que sean habitables y no se transformen, como lo he dicho tantas veces, en espacios por donde deambulan las muchedumbres solitarias.

Cómo evitar el hacinamiento de miles y miles de familias en lugares anónimos y territorios sin destino.

Cómo incluir el amor a la tierra, al paisaje, a nuestro mar, para construir día a día y paso a paso el lugar de vida pleno de belleza y utilidad.

Si así lo hiciéramos, podríamos recuperar la vocación agrícola de Chile, vocación perdida, que nos hace incapaces de producir tan siquiera el trigo de nuestro pan.

Sabemos los chilenos, que una sola provincia bien trabajada puede alimentar a toda nuestra población. Fundar en el campo la presencia de un mundo compartido, hermoso y pleno de sentido, para quienes trabajan la tierra y la hacen producir,

es una tarea que no estamos cumpliendo y que sin embargo estamos llamados a realizar.

Conquistar con nuevos pueblos el mar, asentándonos en las caletas y bahías que se extienden a lo largo del territorio, para hacer nuestro océano fecundo para la economía, para la vida y para el esparcimiento, es un destino que nos legó la geografía y la historia.

Inventar nuevos tipos de industria ligadas a esa agricultura y a ese mar, donde las comunidades locales extraigan los frutos del trabajo y los transformen, por el propio esfuerzo, será la fuente de los recursos y el signo de una capacidad y una cultura.

Consumidos más allá de nuestras fronteras esos productos podrán entonces contar de nosotros por lo que hacemos, y no por el vano intento de hacer de la patria un simple mercado.

Estos postulados no son ni pueden ser una mera especulación. Inciden en lo más vital de una nación: en la capacidad del pueblo para ir construyendo libremente su destino. La sola formulación de un proyecto como éste constituye un elogio y una profesión de fe en Chile y en su pueblo.

LO QUE LOS ARQUITECTOS PODEMOS HACER. Pienso que los postulados enunciados tan superficial y vagamente, nos abren sin embargo, un camino para sugerir cuál pudiera ser la contribución de los Arquitectos, en este imaginable conjunto de pueblos y ciudades del mañana.

Hasta hoy, hemos sido dominados por una fuerza avasalladora que nos exige resolver los problemas de la gran ciudad, acarreando para ella, con nuestras obras una creciente sobrecarga del medio, con las trágicas consecuencias de contaminación, destrucción del ambiente que nos rodea, desborde del ya desquiciado ir y venir del lugar de vida al lugar de trabajo, carencia de una infraestructura adecuada y la falta de equipamiento necesario para realizar los programas mínimos en salud, educación, trabajo y esparcimiento.

Las soluciones siempre van hoy por dos caminos: mayor concentración urbana y mayor cantidad de vías de alta velocidad, las que supuestamente sirven para acortar el tiempo y la distancia, sin que cumplan frecuentemente ni siquiera este cometido.

Ambas propuestas inciden en la ruptura del desenvolvimiento natural del hombre y sus cosas.

Por este camino la humanidad avanza rápidamente en la ciencia y avanza en la tecnología como hechos que no se engarzan ni vinculan con la cultura de las grandes masas marginadas.

Pareciera que la cultura es todo aquello que el hombre hace, ligado a sí mismo, en vinculación con su medio y en el cumplimiento de sus sueños. No es por tanto representativa de la cultura, la implantación en nuestra tierra de enormes edificios o el aterrizaje de grandes Jets en nuestros aeropuertos.

Tengo la convicción de que si la humanidad en vez de solucionar los problemas sociales y económicos, pensando que es a grandes masas humanas a quienes hay que resolver sus formas

de vida, desarrollara en cambio, según los principios democráticos, una acción protagonista de pequeños grupos, que con su esfuerzo y vocación, fueran cosntruyendo día a día un mundo más pleno de humanidad y daridad, se lograría restablecer ese equilibrio entre el hombre y su medio, que es el gran atributo de la obra creada por Dios.

Los chilenos estamos en condiciones privilegiadas para una empresa como la sugerida. Contamos con inmensas riquezas potenciales en el campo, en la montaña y en la costa, que esperan pacientes ser conquistadas por nosotros.

Los Arquitectos debiéramos crear imágenes de cómo sería el ordenamiento urbano, el equipamiento necesario, las vinculaciones entre unos y otros pueblos, para mostrar y demostrar que el hombre es capaz de conquistar un lugar de vida, donde con su trabajo hace germinar la tierra y se liga a ella.

Pienso que es equivocada la idea, de que es solamente en las grandes ciudades donde se pueden dar plenamente los avances en el campo de la educación, del trabajo y de la distracción. Es cierto que muchas de estas actividades humanas son nuevas y han nacido precisamente como una consecuencia necesaria de la mayor densidad y cantidad de población que al reunirse, requiere de nuevos instrumentos, métodos de trabajo, transporte y alojamiento. Sin ambargo, talvez podríamos afirmar, que muchas de estas actividades, muchas de estas distracciones, muchas de estas viviendas encaramadas en el cielo, se proyectan y diseñan co-

mo una demostración más del error previo, al haber congestio-  
nado y acumulado tal cantidad de masa humana, sin meditar que  
esa masa era simplemente una suma interminable de seres huma-  
nos cada vez más solitarios y ajenos a su entorno.

Con esto, quiero decir, que el tipo de trabajo de la gran ciu-  
dad, el tipo de vivienda que en ella se desarrolla y las va-  
riadas distracciones que ahí se dan, sirven más como paliati-  
tivos a la tediosa y a la vez tensa forma de vida que la ciu-  
dad provoca, como consecuencia de su masificación.

Chile es tan vasto y está tan desocupado. Contiene en su  
paisaje, en la calidad de su tierra y en el valor de sus en-  
trañas, un enorme capital inmovilizado, mientras nos damos  
vuelta en la gran ciudad, sin tener en qué ocupar nuestras  
manos y nuestro afán creador.

LA ARQUITECTURA QUE PRETENDO HACER. Estas reflexiones, ape-  
nas esbozadas, que expresan, por lo demás inquietudes y cre-  
cientes preocupaciones de la humanidad, para disminuir la  
destrucción del medio, han significado para mí, un alicien-  
te en mi posición para juzgar y hacer arquitectura. Permí-  
tanme pues, volver un tanto atrás y referirme otra vez a  
lo que es parte de mi historia reciente, que envuelve como  
antes, a un grupo de arquitectos jóvenes, con los cuales  
hemos estado dando formas concretas y prácticas a una ar-  
quitectura que sugiere la creación de un refugio humano, para  
grupos de familias que buscan con ahinco y sacrificio poseer  
la vivienda que los acoja. Para ser justo, pienso que los ac-  
tuales intentos son en gran medida una consecuencia del pasa-

do. Ya en nuestra vieja oficina que compartimos con Carlos Bresciani, Carlos García Huidobro y Héctor Valdés, habíamos madurado planteamientos en los cuales nos exigíamos resolver los problemas edilicios con pleno respeto al lugar y a los dones naturales que éste posefa.

Más tarde en la Municipalidad de La Reina, el plan de desarrollo comunal, buscaba en última instancia, crear en el lugar, una sociedad estable, con trabajo alegre, en permanente desarrollo y en plena simbiosis con los valores naturales de la macro y micro geografía. Todas las tareas que a corto, mediano o largo plazo sugería el plan, llevaban el sello de la búsqueda de una plena armonía entre el hombre y su medio.

La consecuencia de esta política urbana, fue la organización de una comunidad solidaria, amante de su lugar de vida y dinámica en las gestiones y tareas colectivas.

Más tarde en la Universidad Católica y casi al término de mi Rectorado, planteamos como proposición a la comunidad universitaria realizar una reflexión en torno al tema que hoy he tratado y que buscaba descubrir las profundas vocaciones de trabajo, que pudiesen estar perdidas por una creciente dependencia cultural que el pueblo iba sufriendo.

Pues bien, en estos últimos años, nuestro trabajo ha consistido en construir grupos habitacionales para familias chilenas, que ven con alegría y como un don social la posibilidad de una convivencia, en la cual todos reunidos en un esfuerzo común, puedan lograr la construcción de verdaderos oasis en medio de la desolada ciudad.



En estas nuevas experiencias, pienso que he aprendido mucho, para entender mejor la capacidad de la familia chilena para emprender tareas comunes.

Siempre resultó fácil reunir a quince o más familias desconocidas entre ellas y proponerles la construcción de un lugar de vida común. Aunque parezca increíble, siempre ha sido posible que ellas se pongan de acuerdo en la compra de un predio, en el lugar que se ubicará ahí cada una de las viviendas, en compensar con aportes de dineros de unos, las carencias transitorias de otros.

Ha sido fácil que ellas acepten no sobrepasar los derechos que el Arquitecto tiene como autor de la obra y ha sido fácil que en libertad y democracia decidan la forma de gobierno y el tipo de administración que desean.

Esas obras nuevas han sido acogidas como una sencilla contribución que se contrapone con el ampuloso pasado reciente, cuando el dinero parecía desbordar de las arcas foráneas y privadas marcar la banca privada nacional. Chile emprendía la loca carrera de construir y construir, sin otra meta que especular. En ese mismo tiempo, con humildad, construimos sencillas casas de ladrillos a la vista, con pisos de greda y techumbre de madera. Esperamos que este conjunto de obras, junto a otras muchas que otros Arquitectos de esta generación están realizando en Chile, sirvan en alguna medida para continuar la historia de nuestra arquitectura.

Al hacer estas obras en los postreros años de mi vida, he sentido la fascinación y el entusiasmo propios de la juventud y aunque ellas, no significaran alguna contribución a la arqui-

tectura, en todo caso daría gracias a Dios, por haber tenido la fuerza que me impulsó a unirme a tantos que con el trabajo y el esfuerzo de ellos sumados al mío, lograron resolver sus problemas de vida.

Para terminar, permítanme aún dos últimas palabras.

La primera para expresar desde esta elevada tribuna y en nombre de los Arquitectos chilenos la gratitud hacia Víctor Gubbins, Presidente del Colegio de Arquitectos, y Pedro Murтинho, alma y organizador de esta trascendental jornada de la Bienal.

La segunda palabra extraída de lo más hondo de lo que soy, para expresar ante Uds. mi gratitud a Mónica, la compañera constante de mi vida y a quien por sobre todo debo agradecerle el habernos dado nuestros cinco hijos.

A ellas y a ellos, los que están aquí ahora con nosotros, a los que están en tierras más allá de nuestra tierra y a aquel que está junto a nosotros, desde el más allá de nuestras vidas, les ofrezco el honor de este premio.

A todos Uds. muchas gracias.

Santiago, 30 de Agosto 1983.